

RETORNO

Santiago Vásconez



Ilustración de Pablo Lara



Santiago Vásconez

Soy comunicador y estoy convencido de que las palabras tienen el poder para construir realidades. Amante de las letras, del diseño y la ilustración. He participado en las antologías de cuento corto *Mínimal I y II*, de cuento largo *Luz Lateral II*, en la Revista Matapalo y mis cuentos *El viaje de Sr. Thomas* e *Invisibles* fueron publicados por Girándula para las Maratones del Cuento 2018 y 2019. Este camino de letras, libros y gestión cultural me llevó a fundar y dirigir Chacana Editorial. Mi web es www.santvasconez.com y mi cuenta en Instagram: @sant.vasconez.



Pablo Lara

Nací en Quito en 1979. Soy comunicador visual y narrador de historias. Dedico gran parte de mi tiempo a la ilustración, la escritura y los Estudios Culturales. He ilustrado novelas cortas, sagas épicas, artículos científicos y también mi propios textos. Me gustan los dinosaurios, aunque quizá eso ya lo sepa todo el mundo.



PABLO
LARA H.
2020

Hoy podemos volver.

—Ellos se escondieron en sus cuevas, cerraron las puertas y ventanas, y ni siquiera han salido para tomar el sol —dijo un pequeño ratoncito que miraba desde el filo de una acera del parque municipal, en la gran ciudad.

—Es verdad. Muchos están vestidos de blanco, tapando sus rostros con máscaras enormes, pulcros guantes y botas que los separan del suelo —dijo su madre un tanto angustiada.

—Parecen esos trajes con los que intentan conquistar otras estrellas.

—Como si aquí les hiciera falta algo.

—¿Será que están planeando irse? —preguntó una gaviota que reposaba en el mástil de un barco que hacía días debió zarpar.

—No lo creo, solo se están escondiendo —le respondió una amiga que seguía a un enorme pez con la mirada.

—Pero parece que van a estar ahí metidos por mucho tiempo. Hasta se acabaron lo que había en las cuevas donde guardan la comida.

—Lo que no entiendo es por qué la mayoría cargaba varios paquetes de esas hojas blancas y suaves que huelen a hierbas dulces.

—¿Por qué ya no se tocan? —exclamó la ardilla más pequeña de la familia.

—Parecen asustados —dijo su hermano mayor.

—Algo malo les está pasando —reflexionó su madre.

—¿Tú crees? —preguntó el padre, apresurando a todos para que subieran al árbol donde guardaban las bellotas.

—Nunca habían dejado de abrazarse así tan de repente —observó la ardilla más pequeña.

—De un día para el otro se acabaron las manadas —continuó la madre—. Ya no se reúnen. Ni siquiera en grupos pequeños.

—¿Qué les pasó?

—Han apagado sus ruidosas máquinas y al fin hay silencio en el ambiente —siseó una boa desenroscándose de la enorme ceiba.

—Incluso los volcanes de concreto han dejado de gruñir y escupir ese horrible humo —susurró el viejo jaguar.

—Aquí lo importante es que podemos volver —dijeron los peces mientras nadaban en el agua cristalina de los canales.

—Parece que al fin entendieron que es necesario darle un respiro a la vida —exclamaron los cisnes dando chapuzones en la fuente.

—Que la madre solo necesita descansar un poco —recordó un delfín.

—Que la vida siempre encuentra el camino de regreso —gruñeron los viejos jabalíes trotando por las aceras.

—¿Por qué son tan ciegos?

—Nosotros compartimos el espacio con ellos y lo destruyeron —gritaron los simios esparciendo semillas de frutas por todo el terreno.

—Lo han ensuciado todo —protestaba un cocodrilo que asomaba sus enormes fauces para ver lo que pasaba.

—Quebraron los árboles y dañaron el agua —reclamó una tortuga.

—Hasta el aire apesta y se ha vuelto pesado —mencionó un periquito.

—Introdujeron demonios en los montes y destruyeron hasta la última piedra —se lamentaba un armadillo.

—Han desangrado la tierra —pensaba una lagartija.

—Metieron sus tentáculos metálicos hasta el corazón de nuestra madre para tomar su sangre —observó una serpiente sacudiendo su cascabel.

—¿Por qué siempre quieren más? —protestó un coyote.

—Han devorado a los más débiles —sollozó un pollito.

—Y, hasta han hecho que perdamos nuestra dignidad como seres vivos —gimió un toro que estaba destinado a entrar a la plaza.

—Parece que ya no son capaces de sentir el dolor ajeno —señaló un lechón escondido junto a su madre.

—Han olvidado que existe el otro.

—Pero ahora podremos volver a plantar los árboles.

—Solo hay que esperar un poco más, hasta que la madre haga brotar la vida y rompa este piso negro y duro.

—Sucederá pronto.

—Si les mostramos el valor de la vida, nadie más volverá a desaparecer.

—Ojalá entiendan que nadie es dueño de nada.

—Que todos vivimos en paz durante millones de años y que solo debemos volver al equilibrio.

—Pero ¿será que en este encierro pueden buscarse en lo profundo?

—¿Será que pueden volver a conectarse?

—¿Será que pueden retornar?